

pleta la trinidad del alma humana, y la eleva hasta la dignidad de imagen de Dios, dándole ese tacto esquisito, esa fibra delicada que siente en las otras, que hace vivir en su vida, gozar en su dicha, sufrir en su sufrimiento; que une, en fin, deliciosamente al hombre con Dios, con sus semejantes, y consigo mismo. ¿Qué sería el mundo sin el amor, sino un vasto caos donde se agitarían sin orden, sin enlace y sin dicha, multitud de individualidades, siempre estrañas las unas á las otras? La potencia sola, primer elemento de los seres, es bruta y ciega; es la roca que se precipita desde lo alto de la montaña, destruyéndolo todo á su paso; la potencia, unida á la inteligencia, forma el segundo grado de perfeccion, y realiza acciones ordenadas, pero desnudas de sensibilidad: es la máquina, que machaca con la misma precision el grano de trigo y la cabeza humana; en fin, la potencia, maravillosamente combinada con la inteligencia y el amor, es Dios, soberana perfeccion, y es tambien el hombre, imagen de Dios, cuyo brazo se detiene ante la criatura sensible, cuyo corazon se compadece de los dolores de otro, cuya conciencia vé el mal y le odia, vé el bien y le ama, y aspira á él con ardor.

El amor es, pues, el principio del movimiento moral, y el móvil esencial del corazon: por lo mismo nada es mas fuerte, nada mas impetuoso, nada mas atrayente que el amor. "El amor, dice la Escritura, es poderoso como la muerte, y el celo del amor es inflexible como el infierno."¹ "Hay alguna cosa grande en el amor, dice á su turno el piadoso autor de la Imitacion; es un bien mayor que todos los bienes. El que ama, corre, vuela, está contento, es libre, y nada le detiene. Nada es pesado, nada es costoso para él; intenta mas de lo que puede, y nunca pretesta imposibilidad. Ninguna fatiga le cansa, ningunos lazos le sujetan, ningunos temores le turban. A causa de esto lo puede todo, y realiza

¹ *Cantic. de los Cant.*, cap. 8.

muchas cosas que fatigan y desfallecen vanamente al que no ama.¹"

Esta fuerza incalculable del amor, Jesucristo, ha querido aplicarla tambien al servicio de su doctrina. "Yo he venido á traer el fuego sobre la tierra, dijo, y mi mayor deseo es verla encendida." Todo el cristianismo descansa sobre el amor: Dios es el amor; el amor es el principio de la redencion; la ley cristiana descansa sobre el amor; los discípulos de Cristo se reconocieron en el amor que tenían los unos á los otros, y la bienaventuranza del cielo será la inefable union de las almas en los goces puros de un amor eterno. Pero mientras un móvil es mas poderoso, más necesita estar regularizado; si está dirigido sobre una línea falsa, tal como un rio desbordado, lejos de llevar la vida en su camino, llevará el estrago y la desolacion. Así es como el amor humano le ha corrompido y desviado de su primer fin; ninguna pasion ha ido mas fecunda en crímenes y en dolores. Jesucristo no se ha contentado con reanimarlo en los corazones, sino que lo ha enderezado, lo ha vuelto á su senda, y lo ha hecho convertirse en provecho del bien, depurándolo, dirigiéndolo hácia el cielo, y trasportándolo de nuevo al Creador. El amor cristiano es la caridad, amor de Dios sobre todo y amor de todo en Dios. Las mas vivas, las mas tiernas afecciones del corazon, se elevarán hácia el principio de la belleza suprema; allí se dilatarán y se purificarán de toda mancha, se espiritualizarán y volverán á la tierra castas, enérgicas, apasionadas, como una lluvia bienhechora y fecunda, como un bálsamo impregnado de la virtud divina. Por todas partes la caridad ve á Dios; por Dios es por quien consuela al pobre, por quien vela á la cabecera del enfermo, por quien visita al prisionero, por quien lleva la fé á las regiones bárbaras; por Dios es por quien acepta la carga del deber, soporta el peso de los sufrimientos mas crueles, ama hasta á los enemigos, hace violencia á los sentidos, corre á

¹ *Imitac.*, 1, 3, 5

los tormentos y á la muerte; y en esta idea sublime, ella saca de sí misma un vigor sobrenatural, que escede á las fuerzas del amor humano con toda la distancia que hay del cielo á la tierra; un vigor que nada rehusa, que nada le detiene, que se manifiesta por actos que el mundo juzga algunas veces insensatos, tanto son superiores á las frias concepciones de su miserable egoismo; y porque allí, donde no percibe nada, donde no siente nada, la caridad busca y encuentra á Dios, siempre bueno, siempre hermoso, siempre digno de los mas ardientes deseos del corazón. "El amor de Jesus, dice tambien la Imitacion, es generoso, hace emprender grandes cosas, y escita siempre á lo que hay de mas sublime y perfecto. Este amor aspira á elevarse, y no se deja detener por ninguna mira terrestre. Este amor quiere ser libre y desembarazado de toda afeccion mundana, á fin de que sus miradas penetren hasta Dios sin obstáculos, y que no sea ni retardado por los bienes ni abatido por los males del tiempo. Él da todo para poseerlo todo, y posee todo en todas las cosas, porque arriba de todas las cosas descansa en el único Sér soberano y eminentemente perfecto de quien todo bien emana y procede.¹"

A los santos únicamente ha sido descubierto el secreto de hablar dignamente de las cosas santas; así, pues, ninguno habló jamas como el grande Apóstol de la caridad, de la que su corazón se sentia tan abrasado; ninguno trazó con mas acierto el cuadro admirable de las virtudes que ella encierra. "La caridad, dice, es paciente, es dulce y bienhechora. Ella no es envidiosa, temeraria y precipitada; ella no se hincha de orgullo. Ella no es desdeñosa, no busca sus propios intereses, ni piensa el mal, ni se regocija de la injusticia; pero sí se regocija de la verdad, tolera todo, espera todo, sufre todo. Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, la ciencia será abolida . . . la caridad no acabará jamas!" Y poseido de un ardiente entusiasmo, esclama: "Aun cuando yo

¹ Imitac., 1, 3, cap. 5.

hablara todas las lenguas de los hombres, y aun la de los ángeles, si no tenia caridad seria lo mismo que un bronce sonoro y un címbalo retumbante. Aun cuando tuviese el dón de profecía y la inteligencia de todos los misterios; aun cuando poseyera todas las ciencias y tuviera toda la fé posible hasta trasportar con ella las montañas, si no tenia la caridad, no seria nada. Y aun cuando distribuyera todos mis bienes para alimentar á los pobres, y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tenia la caridad, todo esto no me serviria de nada.¹"

Es necesario que la filosofia renuncie á producir jamas en las almas no solo la virtud, sino aun la idea de la virtud que acaba de celebrar el Apóstol. Podrá, si se quiere, por medio de palabras elocuentes, de cuadros interesantes, escitar emociones pasajeras, despertar sensibilidades dispuestas á la exaltacion, provocar el beneficio de la piedad, del orgullo, del temor ó del cálculo, inflamar la hoguera de las pasiones, pero no encenderá nunca el fuego celestial de la caridad. Dificilmente aun el hombre sensato se deja ya seducir por el nombre de sistemas indecisos y exentos de fé, de doctrinas perpetuamente hostiles y divergentes, cuando aun los mismos filósofos se ven obligados á confesar que su ciencia es vana y que no descansa sobre ninguna base sólida. Por último, ¿cómo podria la caridad ser hija de hombres tales como los que nos ha descrito Rousseau en estas palabras? "He consultado á los filósofos y los he hallado orgullosos, afirmativos, dogmáticos, aun con su pretendido escepticismo: no ignorando nada, ni probando tampoco nada, se burlan los unos de los otros; y en este punto, comun á todos, me parece que es el único en que tienen razon. Triunfantes cuando atacan, son siempre débiles al defenderse. No tienen razones sino para destruir; y no se ponen de acuerdo sino para disputar."

Quando se quiere inspirar una virtud, es necesario por lo menos dar el ejemplo; y esto es lo que los filósofos, como se

¹ I. Epíst. á los corintios, cap. 13.

ha visto, no están siempre dispuestos á hacer. Disertarán, tal vez, admirablemente sobre el deber, pero á esto se limitarán comunmente sus esfuerzos, y rara vez se les verá poner en obra sus máximas. Jesucristo por el contrario: antes que la doctrina hace pasar la práctica: *cæpit facere et docere*, y sus divinos ejemplos han venido á corroborar todas las virtudes que nos ha predicado. Él mismo nos lo advierte: "Yo os he dado el ejemplo, dice, á fin de que obréis á vuestro turno lo mismo que yo." Desde el establo de Bethlehem hasta los tormentos del Gólgatha, su vida ha sido la realizacion mas perfecta del Evangelio; así despues de este libro divino, el libro mas bello que ha salido de manos de los hombres, es aquel en que Jesucristo se nos propone por modelo á nuestra imitacion. La mision del Hijo de Dios tenia, como hemos visto, un doble objeto: borrar desde luego la mancha del pecado original, y neutralizar en seguida los efectos del gérmen de corrupcion que habia sido depositado en nuestra naturaleza. De estos dos resultados, el primero se ha obtenido infaliblemente por solo la efusion de su sangre preciosa sobre la cruz; el segundo no puede serlo sino por el concurso de nuestra voluntad unido á sus méritos, y por el uso de los medios cuya eficacia nos ha revelado, es decir, el espíritu de sacrificio y de abnegacion. Este remedio repugna sin duda á la naturaleza sensible, y la hace retroceder llena de terror: Él mismo lo ha experimentado cuando en el jardin de los Olivos exclamó en medio de sus angustias: "¡Padre mio, que se aparte de mí este cáliz!" Entretanto, era necesario que la humanidad bebiese este cáliz; y por eso resignándose á la voluntad de su Padre, Él lo ha apurado para darnos el ejemplo y animarnos; ha apurado hasta las heces el amargo pero saludable brebaje. Jesucristo ha renunciado completamente á sí mismo para dedicarse á nuestra salvacion: jamás se le vió ocuparse de su persona, ni buscar los honores, los placeres, y las riquezas de este mundo: su alimento es cumplir los designios de Aquel que le ha en-

viado; este es el objeto constante de su solicitud. Él no omite ningun cuidado, fatiga ni trabajo, y cuando, en fin, llega la hora de su terrible sacrificio, se deja clavar en la cruz como un cordero, y se resigna, sin quejarse, á todos los sufrimientos por la salvacion del género humano.

En la tierra, sin embargo, habrá siempre pobres, enfermos y desgraciados. Ellos encontrarán su rehabilitacion y el consuelo de sus almas en la doctrina y en las promesas de Jesus; pero ¡qué rehabilitacion mas noble, qué consuelo mas celestial para ellos, que el de ver á un Dios descender á la tierra, pobre y paciente, para honrar la pobreza y divinizar el sufrimiento! ¿Quién se atreverá todavía á despreciar al pobre, cuando Jesucristo lo ha amado; cuando Él ha nacido, ha vivido y ha muerto pobre? ¿Quién se atreverá á sostener que la pobreza es incompatible con la dignidad del hombre, cuando el Hombre-Dios la ha revestido del mas sublime carácter?

¿Quién no se sentirá atraído hácia todo el que sufre, cuando se vé á Jesucristo tender una mano compasiva á todos los desgraciados, cuando se le oye llamarlos sus hermanos y amigos, y proclamar que todo lo que se hace por ellos lo mira como si se hiciese por Él mismo? ¿Y cómo los que la Providencia somete á las duras pruebas de la vida, se atreverán á murmurar, si se ponen á contemplar el suplicio de Aquel que, víctima voluntaria del pecado, sufre en silencio las ignominias y los dolores de la cruz? ¿Cómo no se resignarán, si sienten correr en su corazon, cual un dulce bálsamo, estas consoladoras palabras, que un dia de nefasta memoria el sacerdote dirigió al rey mártir al pié del cadalso:—"No rehuseis ni la última humillacion, porque es un rasgo mas de semejanza con vuestro Divino Maestro."

"Supongamos, predicaba Bourdaloue, que el Hombre-Dios, en vez de la cruz, hubiese escogido para salvarnos las dulzuras de la vida; ¿qué ventaja habria sacado de esto nuestro amor propio, fuente de toda corrupcion, y hasta